

Memorias de la misión de Lishién (1950-1952)

Salida de los últimos agustinos de China

POR

ALFONSO MARTÍNEZ TABUYO, OSA

Preámbulo

Estas crónicas de las misiones de Táyung y Lishién debieron escribirse a su tiempo, cuando recién salido de China, el P. Carlos Alonso me invitó muy amablemente a hacerlo, pues, como encargado de la Historia de nuestras misiones, tenía interés en conocer los últimos acontecimientos. Entonces estaban los hechos más frescos y contaba con más medios de información. No lo hice, entre otras razones, porque esperaba que otra persona más autorizada las escribiera. Pasó el tiempo y los trabajos del ministerio me hicieron olvidarlo todo.

Ahora que estoy libre de todo compromiso ministerial, viendo que no queda ningún testigo ocular de los hechos, me he puesto a pergeñar aquellos recuerdos y cumplir los justos deseos del P. Carlos. Me he atrevido a hacer esta publicación con el deseo de que sea útil a mis hermanos.

Reconozco que el trabajo queda muy deficiente por la distancia de los hechos, por la debilidad de la memoria y por no tener a mano medios adecuados de consulta.

Quede consignado mi agradecimiento al P. José Souto por el tiempo que le sustraje de su activísima vida.

Estado de la Prelatura

Cuando llegué a Lishién (Lichow), desde la remota misión de Táyung, allá por marzo de 1950, éstas eran las condiciones en que se encontraban los misio-

neros: En Lishién, la central, acompañando al P. Prefecto estaba el P. Agustín Fuertes. En el orfanatrofio ejercía de capellán el P. Laureano Revilla que nos visitaba diariamente; este centro religioso distaba un kilómetro de la ciudad, fuera de las murallas. En Tsinshi, a pocos kilómetros de la ciudad, había residido hasta hacía poco el P. José Rodríguez, a quien sustituyó el P. Manuel Rodríguez. En Tzeli y en Shimen vivían los sacerdotes Juan Chiang y José Uang, respectivamente. Pasaban las 24 horas del día en continuo sobresalto; uno, por la iglesia, porque la policía ya había intentado ocuparla; el otro, porque ocupada la iglesia y parte de la casa, no cesaban de inventar cada día nuevos modos de molestarle. En Ansiang, el misionero y administrador de los terrenos de la Santa Infancia era el P. Salvador Casado que, después de haber pagado millones de pesetas, había sido torturado y colgado de una viga ante la irrisión y burla de la concurrencia. Posteriormente fue expulsado, pero aunque pasó por nuestra ciudad no pudimos verlo.

Esta agresión física a la persona del padre creo que debe atribuirse a su cargo de administrador de terrenos, que en el credo del Partido era oficio del odiado capitalismo, y las personas que lo ejercían estaban condenadas, ipso facto, a la última pena. En las demás misiones de la Prelatura ya no había misioneros.

Ambiente de terror

Hay que recordar que la mayor parte del ejército del Partido lo formaban soldados nacionalistas. Habían tenido que rendirse, y por la fuerza de las circunstancias, no pudiendo volver a su tierra natal, se vieron obligados a luchar en las filas del Partido; por tanto, no estaban identificados con el ideario comunista, ni con sus intransigentes procedimientos, que conocían muy bien, algunos por experiencia propia. Así se explica la actitud de aquel jefecillo quien, a decir del P. Laureano, registraba cuidadosamente el orfanatrofio y cuando llegó a la capilla quedó contemplando el cuadro de la crucifixión de nuestro Señor. Preguntó a la madre que lo acompañaba: —¿Quién lo crucificó?. «Pilato», contestó. «No, —respondió el jefe—, no fue Pilato, fue Stalin; Stalin lo crucificó». Había también quienes estaban en el Partido sinceramente convencidos y con entusiasmo. Pero cuando descubrían la crueldad de sus procedimientos en una desesperada reacción terminaban con su vida. Así aquel oficial que recibió, después de mucho tiempo, una carta de sus familiares del Norte en la que le comunicaban la triste noticia de que habían fusilado a su padre por capitalista. Él, terminada la lectura, se arrojó a la piscina y se ahogó. Lo mismo sucedió a una joven que cuidaba un almacén de leña para el Partido; vino una indigente a pedirle algo para cocinar y la joven, compadecida, le es-

taba dando unas virutas cuando llegó el jefe, la reprendió tan asperamente que se arrojó de inmediato al río.

Ese terror reinaba en la población, veían cómo los partidarios de Chiang-Kai-Shek eran buscados por todos los rincones del país y asesinados sin más juicio que comprobar su filiación nacionalista. Contaban de uno de esos jefes importantes, que al encontrarlo después de una larga pesquisa, le horadaron los labios, le pasaron un alambre, y tiraron de él como de una bestia, hasta la ciudad.

Al amanecer se podían contemplar, en las cuatro puertas de la ciudad, los cadáveres de los fusilados por la noche. Un día fuimos espectadores de una escena escalofriante: en las afueras, junto a cuatro asesinados, una mujer lloraba con gritos desgarradores la muerte de su marido; la policía, acosándola amenazadora e insultándola, la obligó a retirarse ahogando su lamento.

Reparto de bienes

Los grandes latifundios ya se habían repartido entre los que no tenían nada y deseaban cultivar la tierra. Oímos contar la nueva modalidad de la posesión: los campesinos, como no eran dueños de la tierra, tenían que estar pendientes de lo que ordenara el gobierno. Un año, estando ya las habas en flor, vino la orden de ararlas para sembrar algodón. Tierras donde se producía bien el arroz, les mandaban sembrar habas. Terrenos propios de algodón tenían que sembrarlos de arroz. Además, pagaban un fuerte tributo en especie y de primera calidad. El primer año que el campesino fue a pagarlo, como no conocía el rigor comunista, cada uno llevó hecha su trampa. Uno presentó arroz con cizaña, otro había humedecido el algodón, a otro le faltaba peso... Los tasadores eran peritos inflexibles y se lo rechazaban sin más, teniendo que desandar el camino con la carga y consiguiente pérdida de días de trabajo.

Otra modalidad de la posesión era que cada persona debía tener su oficio propio y con él ganarse la vida. El pescador no podía ser también carpintero; ni el patero (el que cuida patos) ejercer de zapatero... y así de los demás oficios artesanales. Con estas exigencias de la ley, a que no estaban acostumbrados, se les oía decir que estaban mejor antes sin tierra alguna, trabajando para el amo que ahora que las tenían, sometidos a tanta fiscalización.

Los comerciantes fueron los más afectados. La policía, después de haberles inventariado las existencias, puso precio a cada artículo mercantil y les obligó a depositar el dinero de las transacciones diarias en el único Banco de la nación. De allí tenían que sacarlo para las futuras compras, estando de esta manera completamente amarrados. A todo esto, comenzó a funcionar una cooperativa del régimen que todo lo vendía a menor precio. Tan estrechados se vieron que, aun haciendo olla común, apenas ganaban para subsistir.

Trabajo comunal

Uno de los principales deberes que pesaba sobre los gobernantes chinos desde antiguo era la construcción y conservación de los diques. La cosecha del arroz es vital para esta tierra.

Para ver la importancia que tiene esta labor se debe saber que, el Yang-ssekiang, o río Azul, uno de los más caudalosos del mundo, en tiempo de calor viene rebosante de agua, pues se alimenta con los deshielos del Himalaya. Este río pasa majestuoso e imponente junto a nuestras misiones; sus afluentes, al no poder descargar en él la masa de agua que las frecuentes lluvias van almacenando en sus cuencas, refluyen hacia su nacimiento. Para mantener en sus cauces naturales este mar de agua, es por lo que se han construido los diques en ambas orillas de los ríos. Ahora bien, el agua así embalsada se desplaza muy lentamente, por lo que va depositando gran cantidad de limo en su cauce. Esto origina que la madre del río se vaya elevando más cada año y, por consiguiente, los diques tienen que levantarse también más cada año para poder contener el agua. Se da el fenómeno paradójico de que el agua corre a un nivel varios metros más alto que el de los arrozales y el de las mismas ciudades.

Consecuencia de todo esto es que, si los diques no están bien reforzados y no tienen la suficiente altura, viene la temida inundación, tanto más catastrófica, cuanto mayor es la altura del dique.

La innovación que los comunistas introdujeron en estos trabajos fue que obligaron a todos los vecinos a dar su aporte, y darlo personalmente, según la cantidad de jornales correspondientes. Hemos visto en los periódicos cómo también el gran timonel Mao tiraba de la carretilla para cumplir esta obligación.

A las 6 a.m., al toque de campana, salían de la ciudad hombres y mujeres, mayores de edad, hacia los diques y allí permanecían hasta las 6 p.m. bajo la vigilancia de guardias y capataces que comprobaban la buena calidad del trabajo. Contaban que a veces tuvieron que hacer uso de las armas para que se realizara. La construcción de diques se efectuaba hacia el mes de mayo.

Nosotros tres fuimos dispensados: Prefecto y Agustín por ancianos, y yo por enfermedad. Pero no se nos dispensó de pagar el dinero correspondiente a los jornales que nos habían asignado. Sin embargo el Padre chino y las niñas de la Santa Infancia, mayores de edad, tuvieron que realizarlo como todos los demás.

Trabas a la religión

Los periódicos decían que había libertad de culto, pero durante la misa teníamos que sufrir la presencia de militares armados que, con toda clase de

irreverencias, se colocaban en el comulgatorio a la hora de la comunión. ¡Y qué risas y aspavientos cuando el Rvmo., vestido de mitra y báculo, administraba la confirmación!

Podíamos asistir a los enfermos en los campos, pero si necesitábamos 4 horas para llegar, nos daban 2 de permiso. El P. Prefecto anota en unas declaraciones a la revista *Apostolado*, en enero de 1953, los líos que pasó el sacerdote Noé por escribir unos murales en la pared de la iglesia.

Aun con estas cortapisas, personalmente teníamos algún desahogo, pudiendo salir a respirar por los campos vecinos al pueblo. Hasta en cierta ocasión nos encontramos con una autoridad comunista, bien escoltada de soldados con metralleta que, como nosotros, daba su paseo por el dique.

Con el tiempo, todo se puso peor: Cuando alguna vez quisimos dar el paseo por las afueras, nos apedrearon. Luego nos prohibieron la salida de casa. Se apoderaron de la iglesia y no nos permitieron decir misa en público ni en privado. Y ni siquiera se nos concedió auxiliar al P. Laureano que allí cerquita, en el Orfanatrofio, se nos moría de una enfermedad fulminante; tuvo que ser atendido por un Padre chino. Sin embargo, las innumerables fotografías que sacaron de su cuerpo ya cadáver, las pasaron a nuestra cuenta.

El sacerdote Juan Chiang, en un registro policial de diciembre de 1950, desapareció de su misión de Tzeli. Después se ha sabido que fue condenado a seis años de trabajos forzados, pero habiendo pasado este tiempo, aún no se sabía nada de él. Del sacerdote de Shimen, José Uang, tampoco volvimos a saber nada. El P. Manuel Rodríguez estuvo cuatro meses recluido en su misión de Tsingshi sin poder salir a la calle, y luego en marzo de 1951 fue expulsado.

El sacerdote Noé, futuro administrador de la Prelatura, vivía cada día más atemorizado por el continuo viajar a la capital de la provincia para los cursillos de readaptación. Allí tenía que oír las recriminaciones contra los extranjeros: «Que debían salir del país; que cuanto más se prolongase su permanencia, peor sería tratado; que debía poner en práctica los tres principios de la autonomía de la religión: autonomía de la autoridad, autonomía de la economía y autonomía de la propaganda». La desertión de uno de los jóvenes recién ordenado sacerdote vino a entristecer aún más el ambiente.

Total, que al empezar el año 1952 quedábamos en la ciudad de Lishién el P. Prefecto, el P. Agustín y el que esto escribe.

Prisioneros

En una de aquellas noches invernales de diciembre de 1950, mientras cenábamos silenciosamente, unos golpes secos en la puerta vinieron a interrumpir nuestra soledad. El P. Prefecto por todo comentario dijo: «Ya están ahí otra vez. Ahora vete tú, Agustín». Sucedió que poco antes dos jefecillos ha-

bían abordado al Prefecto queriéndole convencer que permitiese a sus soldados alojarse en la iglesia porque tenían prohibido ocupar las casas del pueblo, y no encontraban por el momento otro lugar. Él, naturalmente, se lo había negado. Ahora venían con toda la compañía de soldados a conseguirlo como fuera. Se entabló un diálogo amable y cortés en un principio, luego fue subiendo de tono, exigente por parte del oficial y firme por parte del padre.

Cuando el militar vio que por las palabras no conseguía nada echó violentamente mano a la pistola. El padre permaneció impávido, después de una breve indecisión dio una fuerte patada a la puerta de la iglesia y quedó franqueada para los soldados. Desde ese momento comenzó nuestro calvario. Al día siguiente llegó más personal de uniforme y nos ocupó la parte baja del edificio dejándonos solamente los dormitorios de la parte alta, donde se circunscribió en adelante nuestra vida.

Después de recoger el Stmo., quisimos guardar también la estatua de Sta. Mónica, titular de la iglesia, y demás objetos ornamentales del culto. Nos contestaron que allí estaban bien, que eran muy bonitos. Y allí quedó Sta. Mónica, presidiendo aquel pelotón de soldados y llorando su corazón descreído. Entre los muchos letreros que la soldadesca había garabateado pudimos leer uno que decía: «Antes, esto era todo limpieza y orden, ahora, todo patas arriba (pu te leau)».

Un día en el encierro en que nos había confinado, solía ser, más o menos como sigue:

Para decir misa había que levantarse antes que nuestros custodios de abajo nos ganasen y celebrarla en el mismo dormitorio sin hacer el menor ruido. Después del desayuno, como para que aprovechase mejor, comenzaban las visitas bien orquestadas y planeadas. Al fin éramos personajes ilustres, mensajeros de Dios, y no se merecía menos.

Ésta podría ser la síntesis. Llega el primer visitante e interroga: —«¿Su nombre, por favor?... ¿su patria?... ¿motivo de su viaje?...». Apenas terminaba uno, llegaba otro que repetía la misma cantinela. Y luego otro y otro... y así toda la mañana de Dios. Si para cambiar de ambiente y descansar la cabeza, nos retirábamos a la habitación, allá iban a buscarnos y pedir que les enseñásemos el local por dentro «para admirar las cosas lindas que usábamos los extranjeros». «¡Qué maleta!, ¡qué cama!, ¡qué muebles!. ¡Ajá!, ¡qué bien se tratan estos extranjeros!», exclamaban: «¡A esto vienen a China, a pasarlo en grande!». Por supuesto, lo que veían no pasaban de ser cosas vulgares.

A la hora de comer esperábamos que al fin tendríamos un rato a solas, en común. La cocina quedaba fuera del edificio y para traer la comida el muchacho tenía que pasar entre los militares. Pues bien, siempre era acompañado por un policía. El Rvmo. haciendo de tripas corazón, le invitaba a sentarse

con las delicadas palabras de la cortesía china: «Tsintso, tsintso». Él, groseramente contestaba: «Coman, coman, que con mirar no les voy a quitar nada». Y cuando descubría que había carne, comentaba: «¡Qué bien se trata esta gente! ¿Cuándo veo yo la carne en mi comida? ¡pobre de mí!». Y con éstas o parecidas palabras nos condimentaba aquella triste mesa. Por la tarde eran menos los visitantes.

Si duro era el día, no menos lo era la noche. En las últimas semanas, concretamente desde el Viernes Santo de 1952, se añadió otra clase de audiencias, más dolorosas. Hacia la media noche se nos obligó a levantarnos deprisa, y escoltados por soldados con bayoneta calada, bajar rápidamente y permanecer de pie en una habitación hasta que nos tocara el turno del interrogatorio. En la otra contigua, ante un juez con su escribiente había que satisfacer un largo cuestionario, que se repetía todas las veces. La sesión terminaba hacia las cinco de la mañana. Ésta era a grandes rasgos la rutina de nuestros días de encierro.

Los voluntarios de Corea

Antes de terminar la narración de nuestra prisión domiciliaria voy a relatar otro modo de oprimir a las personas; se practicaba en el patio de la casa, en nuestras propias narices. Los que sufrían esta falta de libertad eran los campesinos que alistaron para luchar en Corea.

La prensa trataba de menospreciar el poder bélico de los americanos haciendo chistes de su bomba atómica y animaba al pueblo a tener confianza en su propio poder y en el de sus dirigentes. Pero la verdad era que el enemigo, habiendo pasado el paralelo 38, avanzaba rápidamente hacia el río Yalú, límite fronterizo entre Corea y China.

En las crónicas del periodismo se leían algunas escenas espeluznantes de aquella lucha en medio de un clima polar y ante soldados de poderoso armamento. Decían, por ejemplo: Que el frío congelaba los pies y los soldados, al querer quitarse los zapatos, se llevaban también la piel con ellos. Que no había armamento para todos, pero era tal el coraje del soldado chino, que se lanzaba en masa contra el enemigo y le arrebatava las armas. Con esta nueva estrategia, el frente de combate debía estar continuamente reforzado con indesmayables luchadores.

Reclutamiento

Comenzó entonces una leva general de voluntarios, para salvar a la nación hermana, Corea. Cada ciudad debía presentar un número determinado de soldados, proporcional a su población. Para dar algún aliciente que moviera a aquella juventud a cooperar con esta operación heroica, se indicaban al-

gunos honores que el gobierno otorgaría a las familias de los futuros combatientes: Las casas serían ennoblecidas, luciendo en su fachada un papel rojo, que es el símbolo de la felicidad, y la entrada de las mismas sería aseada por algún miembro de la policía.

Pues bien, la cantidad de soldados con que debió contribuir la ciudad de Lishién fue de 20 voluntarios. Veamos cómo se arreglaron para seleccionarlos rápidamente:

Cada uno de los distritos convocó una asamblea con todos los hombres aptos para el servicio militar. Se abrió la sesión con un discurso patriótico, capaz de enardecer el ánimo más pusilánime y derretir los hielos de Siberia. Terminado el discurso y preguntado quién estaba dispuesto a presentarse, el silencio fue sepulcral. El gobernador insistía una y otra vez, pero el silencio seguía lo mismo. En vista del fracaso, se les invitó a otra reunión próxima. Recomendó que fueran madurando su respuesta, pues sin duda esta primera vez les había cogido de sorpresa, y disolvió la asamblea. Para la siguiente, ya se había previsto todo y ya estaban seleccionadas las personas. La policía disfrazada se mezcló entre los concurrentes. Después del discurso reglamentario y del silencio correspondiente a la pregunta, se levantó una voz entre los reunidos: Yo creo que el joven Fu-Si-Lao es un gran patriota... Otra voz: El Sr. Uang-She-Kai desea ser un esforzado luchador... Y así fueron pronunciando el nombre de todos los anotados en la lista. Cuando al fin se les inquirió si deseaban ir voluntarios, ¿qué podían responder? De no asentir, se condenarían a sí mismos.

Reclutados los veintes voluntarios, por este método tan expeditivo, se celebró el acontecimiento organizando un gran desfile al son de tambores, por la calle céntrica del pueblo. En medio de la algarabía de aquella marcha militar improvisada, una mujer salió del grupo de los espectadores, dejó a su hijo en manos de uno de los reclutas diciéndole: «Si tú no lo quieres, yo tampoco».

Noviciado comunista

Aquellos futuros soldados debían ser adoctrinados adecuadamente, quitar de su cabeza las ideas capitalistas y llenarla del nuevo ideario del Partido del Pueblo. Este trabajo se realizaba en el patio de nuestra misión.

La primera regla era estar apartados del mundo, de toda comunicación exterior; por eso, cuando llegaban los familiares a visitarlos, se veían forzados a decirles que no volviesen más, que estaban muy ocupados. El método de trabajo era el mismo que se realiza en nuestros círculos de estudio: Exposición de un tema con toda claridad y por largo tiempo. Discursión del mismo en grupo de cuatro o cinco personas. Y un plenario. En la discusión del tema nunca se ponían de acuerdo a la primera reunión. El asesor no se apuraba. Continuaba

con otra y otras sesiones hasta que se aceptaba por unanimidad lo que él intentaba. A veces tenía que obtenerlo hablando a uno por uno, hasta conseguir arrancar una confesión general de toda su vida.

Después de este trabajo arduo y penoso, tenían un relajamiento, el recreo, que era muy divertido. No se permitían amistades particulares, ni corrillos individuales. Todos tenían que participar en el juego. Éste podía ser la *galina ciega*, esconder una prenda y buscarla... El perdedor sufría un castigo que era motivo de hilaridad para todos.

La comida era también en común, salpicada de chistes. Después de la comida venía un tiempo sagrado, la siesta, en el más riguroso silencio. Hasta el volar de una mosca se podía oír. Algunos aprovechaban este tiempo para comunicarse sus impresiones, tomando extremada cautela. A la hora de acostarse, como no temían el pecado, ni al diablo, dormían en el mismo cuarto hombres y mujeres, pues de todo había; y aunque no creían en «Aquel Supremo Inspector, a quien nada se le oculta», sí, sabían que entre ellos había un espía que los observaba, por eso se mantenían puros y castos en palabras y obras.

Este tren de aprendizaje duraba un mes, al cabo del cual quedaban transformados en hombres nuevos, libres de la antigua levadura del capitalismo y revestidos del nuevo ideal comunista. Ahora, sí estaban dispuestos a engrosar el ejército que luchaba en Corea.

Terminado el curso de los futuros soldados, fueron viniendo otros nuevos grupos de jóvenes. De modo que la casa-misión, construida para hacer que Dios fuera conocido, y por este conocimiento liberar al hombre de los errores, fue convertida por estos hijos de las tinieblas en campo de adoctrinamiento, donde desarraigaban las ideas religiosas y esclavizaban al hombre con la ideología materialista y atea. Y ¡con qué facilidad y con cuánta eficacia!

Últimos momentos

El Partido del Pueblo quiso encontrar algún pretexto para hacer juicio popular al P. Prefecto y expulsarlo, pero nada más que se esparcía por la ciudad algún rumor en su contra, el catequista o alguno de los de casa se encargaban de ponerlo en su conocimiento, y de indicar los medios para contrarrestar el peligro. Al quedar ahora aislados de todo el mundo, fue más fácil al enemigo conseguir su propósito. Comenzamos a pensar seriamente esta situación angustiosa para todos. Comprendimos que nuestra presencia en China no resolvía ningún problema. No podíamos ayudar a los cristianos que vivían en los campos, a los que nos estaba vedado ir. Además éramos una carga gravosa para los que colaboraban con nosotros, porque la policía los hostigaba con continuas visitas. Lo era para el mismo sacerdote Noé, pues aunque sabía de memoria que las promesas de tratarlo mejor no habían de cumplirse, sin em-

bargo, el terror en que vivía le hacía ver que podían realizarse, si desaparecían los extranjeros. Considerando, pues, todas estas circunstancias, el Rvmo., habiendo pedido el consentimiento de cada uno, se decidió a pedir la salida de China.

La policía se puso en movimiento preparándonos de inmediato los pasaportes. Hasta nos dispensaron de hacernos el juicio popular que era el requisito que solía practicarse antes de salir. El sacerdote Noé quedó de administrador de la Prelatura, llevando aquella pesada cruz ante sus enemigos que, libres ya del extranjero, podían obrar a sus anchas, sin testigos que los delatasen. Estando ya en España el Rvmo. recibió alguna carta diciéndole que no volviese a escribir.

Y ya no supimos más de él, hasta hace unos años en que, corrida la cortina de bambú, dieron la noticia de que había muerto, no sabemos en qué circunstancias.

El éxodo

El día 26 de mayo de 1952 nos sacaron de casa y, rodeados de agentes policiales, caminamos hacia el paradero del ómnibus en que habíamos de iniciar nuestro definitivo viaje a la libertad. Se había reunido en el lugar un pequeño grupo de cristianos que los agentes mantenían a distancia; luego se agregaron al grupo algunas chicas de la Santa Infancia, que no se sabe cómo pudieron salir del orfanatrofio, que estaba custodiado por ellos mismos. Fuimos registrados minuciosamente, tanto las personas, como las maletas, de donde se llevaron todo lo que indicase algún recuerdo chino. Al P. Prefecto, sobre todo, le despojaron de periódicos y escritos que celosamente guardaba. Cuando íbamos a subir al vehículo, las niñas de la Santa Infancia, llorando, levantaron el grito, sin importarles la presencia de la policía, que también a gritos las insultaba y amenazaba. Ante aquel inesperado espectáculo uno se veía obligado a no mirar, para poder contener aquel mar de emociones que pujaba por desbordarse. ¡Qué esfuerzos tendría que hacer el Prefecto a quien las niñas adoraban, como a un verdadero Padre!

En medio de aquella escena desgarradora y de las maldiciones del chófer, arrancó aquella carcocha, teniendo a nuestro lado un polizone, que nos había de acompañar hasta Chang-Sha.

¡Allí quedó para siempre aquella tierra de misión que se nos había encomendado! ¡Allí la ilusión de nuestra vida: los 46 de permanencia del Rvmo. y otros tantos del P. Agustín y los doce míos, que, por ser los primeros de la vida ministerial, fueron los que más me impactaron! ¡Adiós cristianos, por cuya felicidad eterna dimos lo mejor de nuestra vida! ¡Adiós caminos y veredas que recorrimos tantas veces entre alegrías y sinsabores, entre contentos y decepcio-

nes! Dios, Padre de todos, que hace salir el sol sobre buenos y malos, mantenga encendida en vuestras almas la luz de la fe, que os ilumine en esa oscuridad pagana. Aquel que hace escribir derecho con líneas torcidas, os ayude a caminar siempre por el sendero recto de los mandamientos!

Con estos sentimientos, mezcla de compasión y nostalgia, surgía en lo más profundo del alma una sensación de satisfacción y agradecimiento que todo lo invadía, resumida en estas dos frases: ¡Gracias, Señor! ¡Por fin la libertad!

Uno podía comprobar claramente cómo se achica y acobarda el hombre en la angustia, y cómo lo dilata y ensancha Dios en la bonanza.

El viaje

Dos son las jornadas de viaje de Lishién a Chang-Sha en autobús.

La noche de la primera jornada la pasamos en una de nuestras misiones. El P. Agustín, tomando todas las medidas de precaución, fue a visitar al sacerdote, pero la visita no le agradó. Estaba temeroso y aterrorizado. En cierto lugar del camino abordamos un verdadero ómnibus, pintarrajeado por fuera y por dentro con lemas antiamericanos, lleno de pasajeros que charlaban animadamente. Llegamos Chang-Sha ya obscurecido. Después de avisar al camarada polizonte del hotel donde nos alojábamos, él mismo nos condujo de inmediato a las autoridades para recibir el salvoconducto de nuestra salida definitiva. El P. Prefecto cuenta en la revista *Apostolado*, diciembre 1957, la conversación amigable que tuvo con la autoridad al entregarle el documento.

De Chang-Sha a la frontera el viaje fue en ferrocarril. En las primeras horas de la mañana del 28 de mayo de 1952 ya estábamos en la estación. De nuevo nos abrieron las maletas a la vista indiferente y apática del pequeño público que deambulaba por los andenes. Una vez que subimos al tren, desapareció el enojoso polizonte y nos invadió una sensación de libertad y anchura, como si nuestros «huesos reverdeciesen». Los soldados que ocupaban casi todo el tren no nos molestaron. Es más, un militar les puso en su puesto, cuando descaradamente nos quitaban el turno para recibir el rancho.

En cierto lugar del trayecto, nos llamó la atención cómo una multitud de hombres y mujeres combatían la plaga del arroz ya a punto de espigar, recogiendo en una bolsa los gusanos.

Por la tarde de este mismo día 28 de mayo llegamos a la frontera de Hong-Kong. Nos encontramos con un misionero franciscano, que acababa de vivir un episodio como el nuestro en el mismo tren. Aquí por última vez nos registraron las maletas, esta vez con tanto rigor y destreza que al Prefecto le quitaron un periódico, al franciscano unos rollos de película filmada y a mí una foto.

Así despojados de todo lo chino, y sobre todo del dinero que sobró, pasamos al lado de la libertad por una simple alambreira que separa las dos fronteras. Allí nos esperaba para saludarnos un delegado del nuncio, que, como diariamente, venía a realizar esta fraternal tarea con todos los misioneros que eran expulsados. Guardo una foto de tan histórico recuerdo: detrás, el delegado con guardapolvo blanco; el P. Perfecto con barbas y gorra; al extremo izquierdo el P. Agustín; a la derecha el que escribe esto; el P. Franciscano con el salacot (sombrero) en la mano...

En Hong-Kong nos esperaba el P. Vidal Yraeta, vicario de Filipinas, y nos acomodó en la casa-procuración de los PP. Dominicos, con quienes la misión tenía muy buenas relaciones. Pasamos 4 días hermosos de descanso en aquella pintoresca casa de Rosary Hill. Como era estación veraniega, nos tocó compartir con todos las restricciones del agua potable, problema número uno de aquella colonia de 5 millones de habitantes.

Hong-Kong, con toda su riqueza comercial, no posee ni una vena de agua subterránea. El abastecimiento de este precioso líquido se debe a las nubes del cielo. De ahí, que cuando llueve, el agua que cae por toda aquella extensión, aun la que chorrea por el tejado de la propia casa, sea dirigida inteligentemente por medio de pequeños canales a los grandes depósitos comunales, distribuidos por toda la isla. En años de gran sequía han tenido que importarla de Manila.

Retornando a la patria

El P. Agustín estaba destinado a las islas Filipinas, pero como debía saber bien el inglés, se quedó en Hong-Kong haciendo los trámites para viajar a Australia. Nosotros dos proseguimos el viaje a la patria, que se realizó en dos etapas: una en avión, Hong-Kong-Roma, y otra en ferrocarril, Roma-Barcelona.

Iniciamos, pues, el primer vuelo Hong-Kong-Nueva Delhi en una mañana de junio, acomodados en un BOAC ya bastante usado. Entre los pasajeros había muchos misioneros expulsados de China. También entre ellos una religiosa italiana, que había perdido el juicio y se comportaba como si todos fuésemos comunistas. ¡Cuánto la habrían atormentado para llegar a ese estado! Hicimos nuestro primer descenso en Bang-Kok, capital de Tailandia, una de las principales naciones productoras de arroz del sudeste asiático. La misma China ha importado en años pasados grandes cantidades de este apetecido cereal. Cuando descendía el avión, ¡qué hermoso espectáculo ofrecía a la vista aquella inmensa llanura de verdor que se perdía en el horizonte! Tomamos el almuerzo en los altos de un pintoresco y bien aireado comedor, construido con cañas de bambú. Después, en plan turístico, nos llevaron a visitar un am-

biente refinadamente limpio, donde se exhibían artísticas e invalorable tallas religiosas. En la ciudad reinaba un clima de agitación social. El mismo presidente de la nación salvó su vida gracias a la oportuna intervención del cónsul español.

Al atardecer de aquel día, ya en pleno vuelo, nos envolvió un temporal furioso que zarandó la nave en un sube y baja mareante. Consecuentemente fuimos desviados de la ruta proyectada a Nueva Delhi. Tuvimos que bajar en Calcuta a pasar la noche; en el hotel admiramos a los camareros, robustos hindúes de tez morena y barba negra, que resaltaba más por el color blanco de la ropa.

En el segundo día de viaje, alzando el vuelo en Calcuta sobrevolamos la India de este a oeste, viniendo a descender en Ahmadabad, cerca de la frontera con Pakistán. El polvoriento aeropuerto construido en el desierto y la hora crítica de mediodía hacían insoportable la estancia en aquel lugar. Siguiendo la ruta, llegamos al anochecer al puerto internacional de la isla de Barhrein en el Golfo Pérsico. Éste fue el lugar más caluroso del viaje. Pasamos la noche en el camarote con la puerta abierta y el ventilador sobre la cara, y ni aún así pudimos conciliar el sueño. Sin embargo, al aire libre y bajo un cielo límpido y estrellado se sentía correr una brisa fresca y reconfortante. ¡Lástima que los mosquitos también hacían sentir su presencia en aquel desierto!

En el itinerario del tercero y último día de viaje debíamos pasar por El Cairo. Pero también esta vez tuvimos que cambiar el derrotero, y dejamos de lado esta ciudad, agitada por la abdicación de Faruk, y que luego desembocó en el golpe militar de Naguib. Al cruzar sobre Damasco, rodeado de verdor, nos parecía contemplar un hermoso oasis en medio del inmenso desierto de Arabia. Descendimos en Nicosia, Chipre, y también en Atenas, donde pudimos ver a lo lejos las famosas ruinas del Partenón. De Atenas, en vuelo directo, llegamos anocheciendo a Roma, fastuosamente iluminada.

En Roma, nuestros hermanos de la casa Sta. Mónica nos colmaron de atenciones y cariño, comenzando por el P. Procurador General Ignacio Arámburu, quien se interesó inmediatamente por conseguir una visita al Santo Padre Pío XII. Tuve la suerte de ser incluido como secretario del Prefecto. ¡Qué ilusión para nosotros ver al papa, al Vicario de Cristo! ¿Le gustaría saber en qué condiciones quedaban los cristianos? ¿Cómo reaccionaban ante los comunistas? ¿Querría saber cómo nos habían tratado?... ¡Cuántos pensamientos venían a la mente de lo que podía ser esa visita!... Entramos en la sala que era de regulares proporciones, y nos reunieron en grupos. El papa fue saludando grupo por grupo. No hablaba él siempre, sino que invitaba de vez en cuando con ademanes a que los demás interviniesen, no más de cinco minutos que era el tiempo de la visita. Cuando llegó a nuestro grupo, que se componía de ita-

lianos y españoles, salidos de China, se adelantó un italiano y le dijo: «Santo Padre, en China hay mártires». El papa con un signo muy significativo le mandó callar. Este gesto del papa nos confundió, pues creímos que no debíamos hablar mal de lo pasado. Y aunque luego nos animó con gestos a que hablásemos, nadie se atrevió a decirle una palabra. Total, que terminó la visita a boca cerrada. De todos modos al preguntársenos después cómo nos había recibido, dijimos diplomáticamente que el papa fue muy amable...

Pasados unos días en Roma, que por ser la temporada del calor no fueron muy reparadores, salimos, finalmente, para Barcelona en ferrocarril. Desde aquí el P. Prefecto viajó inmediatamente a su tierra de Asturias y yo me quedé con mi hermano Ángel a descansar tranquilamente de aquel viaje tan largo y tan lleno de emociones, que han quedado grabadas en mi mente hasta hoy.